

Undécimo Domingo del Tiempo Ordinario A2023

Quiero comenzar esta homilía con la historia de la liberación de Egipto. Al liberar a los hijos de Israel, Dios mostró la fuerza de sus brazos y el poder de sus obras. Dos motivaciones guiaron su intento: Primero, hacer de Israel una nación consagrada a él y un reino de los que le ofrecen sacrificios agradables. Segundo, dar ejemplo a todas las naciones de la tierra para que al ver cómo Dios trata a Israel sepan que así también quiere tratarlas.

Pero, todo esto dependía de que Israel escuchara la voz de Dios y guardara su alianza. Desafortunadamente, los hijos de Israel fallaron una y otra vez en su compromiso con Dios. Pero, como Israel fue escogido como prototipo para todas las naciones de la tierra, su rebelión se convirtió en nuestra rebelión, su fracaso en nuestro fracaso y sus pecados en nuestros pecados.

Esto es lo que ha conducido a la historia de Jesús que Dios envió en el mundo como nuestro salvador. Como San Pablo dice: Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, Jesús al mundo para salvarnos. Al dejar que su Hijo muriera en la cruz por nuestra salvación, Dios demostró cuánto nos ama. La carta a los romanos que hemos escuchado como segunda lectura nos explica bien este asunto.

Para San Pablo, el amor de Dios es generoso y desinteresado. La nobleza y grandeza de este amor se ve en la muerte de nuestro Señor por nuestra salvación. El argumento que San Pablo desarrolla aquí es muy simple: Sería bastante difícil morir por una persona justa. Tal vez, puede suceder que alguien tenga el coraje de morir por una buena persona. Pero lo extraordinario de Jesús es que murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores y en un estado de hostilidad con Dios.

Por esta razón en particular, nuestro estatus con Dios ha cambiado por completo. Ahora estamos justificados por la sangre de Cristo y reconciliados con Dios. En consecuencia, nuestros pecados nunca podrán vencer el amor de Dios. Podemos abandonar a Dios, pero él nunca nos abandonará. Gracias a Jesús, somos llevados a una relación correcta y nueva con Dios, incluso cuando todavía somos pecadores. Si es así, ¡cuán agradecidos debemos estar con Dios por lo que ha hecho por nosotros en Jesús! ¡Cuán agradecidos debemos estar del amor de Dios!

Es este amor que conmueve el corazón de Jesús en el Evangelio de hoy al ver la miseria de la gente. Jesús siente compasión por ellos, porque nadie los cuida. Todos están ocupados con sus propios asuntos e intereses sin hacer ninguna pregunta sobre el destino del resto de la gente. La gente puede estar hambrienta, enferma, oprimida y abusada, pero ¿a quién le importa?

Jesús vio a la gente y su miseria como una cosecha para ser segada y salvada. Esta es la razón por la que envió a los discípulos a ir y ministrar. Dondequiera que se encuentre hoy la misma situación de miseria de la gente, Jesús siente la misma compasión y quiere que nosotros, sus discípulos, actuemos y le pongamos fin.

Aquí encontramos uno de los desafíos de nuestra vida cristiana. Estamos llamados a cambiar la faz de la tierra y a traer paz, alegría y sanación a los que sufren. No tenemos derecho a ser indiferentes ante el sufrimiento de nuestros hermanos y hermanas, cuando y donde suceda ya quienquiera que suceda. No tenemos derecho a decir que este no es mi problema. No; es su problema porque es discípulo de Jesús. Cualquier situación que provoque la compasión de Jesús debería provocar la suya también.

Recuerden, la cosecha nunca terminará a menos que haya obreros que trabajen por ella. Jesús quiere que el mundo escuche la buena noticia del Evangelio y se salve. Pero la gente nunca lo escuchará a menos que otros se lo digan y se comprometan a hacerlo. Nuestro deber como cristianos es convertirnos en trabajadores de Cristo para nuestros semejantes, cada uno según su vocación. Cada uno de nosotros debe convertirse en obrero para llevar a la gente a Dios. Para que eso suceda, tenemos que orar, pero al mismo tiempo tenemos que tomar acciones concretas para cumplir esta misión.

Esto es cierto tanto para la vocación al sacerdocio como para la vida religiosa. Tenemos que orar y pedir al Padre que envíe muchos trabajadores en su campo. ¿Por qué? Porque las cosas del mundo son más atractivas que las cosas de Dios. Tenemos que pedir al Padre que dé coraje, fuerza y espíritu de sacrificio a los jóvenes de nuestro tiempo para trabajar por él.

Los apóstoles estaban entre los que aceptaron el sacrificio por el bien del reino de Dios. ¿Quiénes eran estos apóstoles que Jesús llamó y comisionó en el mundo? Eran personas muy ordinarias, como usted y como yo. No tenían nada especial en comparación con otras personas. Eran personas ordinarias, pero llamadas a hacer cosas extraordinarias.

De hecho, Jesús escogió a estos hombres no por lo que eran, sino por lo que se convertirían bajo su guía. De la misma manera, Jesús ve en cada uno de nosotros no sólo lo que somos, sino también lo que puede hacer de nosotros. Jesús ve en cada uno de nosotros no sólo lo que somos, sino también lo que podemos llegar a ser cuando lo escuchamos y hacemos lo que él nos recomienda. Nunca debemos pensar que no tenemos nada que ofrecerle a Jesús, porque él puede tomar lo que ofrece la gente más común y usarlo para la grandeza de Dios.

Antes de terminar, permítanme recordar esta recomendación de Jesús de que los apóstoles tienen que dar gratuitamente ya que han recibido gratuitamente. ¿Qué quiere decir esto? Significa que el siervo del Señor nunca debe preocuparse demasiado por las cosas materiales. Pero, al mismo tiempo, el pueblo de Dios nunca debe faltar a su deber de velar por que los que sirven a Dios reciban un apoyo razonable. Este pasaje impone una obligación tanto al servidor de Dios como al pueblo de Dios.

Ahora puedo terminar rindiendo homenaje a estos maravillosos hombres que siempre han dado lo mejor de sí mismos sin costo alguno por el bien de sus seres queridos, es decir, nuestros padres. De hecho, todos nosotros nos hemos convertido en lo que somos hoy porque nuestros padres aceptaron sacrificios por nosotros. Que Dios bendiga a nuestros padres, vivos y muertos, y les colme de innumerables bendiciones. ¡Que les dé todas sus fuerzas para que sigan cuidando de sus hijos! ¡Que todos los sacrificios que soportan por sus hijos sean recompensados en abundante cosecha para su propio bienestar y vida eterna! ¡Dios los bendiga a todos!

Éxodo 19: 2-6; Romanos 5: 6-11; Mateo 9: 36-10: 8



Fecha de la Homilía: el 18 de Juno, 2023

© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20230618homilia.pdf